

la responsabilidad política de los estudiantes

GERARDO ESTRADA R.

En los últimos años los canales de expresión política en México han sufrido un grave deterioro, a medida que el sistema político mexicano se ha anquilosado cerrando las oportunidades a los miembros de las nuevas generaciones que no forman parte, por su origen, de la clase en el poder.

Si a eso aunamos la represión brutal a los intentos de renovación independiente de 1968 nos explicamos por qué hoy el movimiento estudiantil mexicano se enfrenta a una crisis, en que conviven el escepticismo, la desidia, el conformismo o de plano la irresponsabilidad de las llamadas bases estudiantiles, frente al autoritarismo y el voluntarismo casi fascista de algunos de sus dirigentes.

Pruebas de ello son la indiferencia con que los acontecimientos del 10 de junio de 1971 o la huelga de los trabajadores universitarios en 1972 han sido observados por los estudiantes, el incremento en el uso de drogas por parte de los jóvenes y actos bochornosos como en el que, por ejemplo, un auditorio enardecido obliga a avalar un documento de protesta a intelectuales y profesores participantes de una conferencia y luego les abuchea cuando firman.*

Educados en una tradición rural que vive azorada los cambios de la sociedad industrial, los jóvenes y las jóvenes universitarios se desesperan frente al anonimato que implica vivir en una sociedad de masas, terreno poco fértil para las hazañas de héroes individualistas. En ella hasta los modelos "ideales" de éxito de la sociedad

capitalista son cancelados por una estructura clasista cada vez más cerrada.

Así, los ideales liberales del joven y brillante profesional (médico, abogado, arquitecto, licenciado en administración, etcétera), sin responsabilidad social, se enfrentan a una realidad en que el "éxito" que su familia esperaba de él no es accesible. Además se vive una grave crisis interna al saberse, mal o bien, libre de elegir entre ser un tranquilo, aunque no exitoso, cómplice del sistema o un crítico consciente, pero continuamente enfrentado a dilemas de conciencia en sus tareas profesionales.

En la sociedad capitalista, en la que el individualismo y el éxito personal son los valores máximos, pero en donde al mismo tiempo esas posibilidades sólo se tienen habiendo nacido en una clase social y sólo accidentalmente ascendiendo, es claro que los nuevos miembros de esta sociedad se desesperen por no encontrar su lugar.

Esta "crisis de valores", que no es exclusiva de los países colonizados, se agrava en ellos porque hay que enfrentarse al dilema de imitar los patrones de conducta del país colonizador, o al de insistir en las tareas de liberación nacional.

Incapaces de asumir el cinismo necesario para explotar a los demás, víctimas de una ausencia de participación y tradición políticas y de alternativas ideológicas claras y efectivas, los jóvenes estudiantes militantes asumen muchas veces sus tareas políticas como tareas de afirmación personal y con actitudes moralistas y sentimentales.

Con sólo un barniz de politización la solidaridad ac-

* En la publicación final del documento ningún Comité de Lucha participante en el acto aparece como firmante. Esto sucedió en los Cursos de Invierno de 1972 de la FCPS.

tiva de los estudiantes es más circunstancial y sentimental que resultado de la convicción política. No hay acciones como producto de la razón, hay sensaciones producto de la irracionalidad y de la brutalidad del impacto de lo que algún autor llamara "el capitalismo salvaje".

Cada estudiante de clase media¹ busca más su afirmación personal, que la sociedad burguesa le niega, y la transformación de la sociedad en que vive. Como el aventurero de Sartre: "actúa para salvarse y elige un fin para actuar; en principio cualquier fin es bueno: basta con que justifique la acción que justificara"... y "no es en la fraternidad donde uno siempre deja al otro un poco de sí mismo, que ellos buscan la comunicación, sino en la gloria, donde uno existe para todos sin perder nada de sí mismo".

Estas contradicciones las viven también a nivel de sus relaciones personales. Muchos de ellos detestan la estructura autoritaria de sus familias, pero son incapaces por cobardía o por comodidad de romper con ella.

En el amor, por ejemplo, se debaten entre: la posibilidad de aprovechar una nueva libertad sexual, gracias a los modernos métodos anticonceptivos, a la desaparición de muchos prejuicios, y la imposibilidad de vencer el miedo producto de una educación decimonónica, de aceptar nuestra dualidad existencial: razón e instinto.

Esto hace confundir, a unos, la libertad del amor con la promiscuidad sexual y, a otros, refugiarse en un falso romanticismo de puritanismo hipócrita que les impide transformarse en esa generación en la que el amor y la sexualidad se conjuguen para una auténtica posibilidad creadora.

Hoy la acción política de los estudiantes parece estar llena de una gran dosis de voluntarismo irracional, que se refleja en las actitudes de quienes se olvidan que los fenómenos políticos son producto de las fuerzas sociales actuando a través de la historia y no de voluntades personales.

Olvidan que ya Marx señalaba: "los hombres hacen la historia, pero no en las condiciones que ellos quisieran". Pasar esto por alto es reducir al absurdo los procesos políticos, sobre todo cuando se personifican fracasos y éxitos.

¹ La población de la UNAM, es de sectores medios y altos en más de un 76% y sólo el 17% son hijos de obreros y campesinos.

Así se ha dado paso a la calumnia y a la intriga entre los grupos que pretenden el cambio social, pues unos a otros comienzan a hacerse responsables de lo que "hubiera podido ser si...", sustituyendo el análisis político por la metafísica política.

Se pierden entonces los objetivos finales de la militancia; no se trata entonces ya de ir al pueblo, a los obreros y campesinos, de aprender de su realidad, sino de guiarlos y protegerlos. Los estudiantes entonces son la vanguardia de la revolución social, y su tarea inicial es defender al pueblo de sus "peores enemigos", entre quienes se cuentan a los intelectuales y a los profesores universitarios, quienes "hábilmente" han engañado al pueblo.

Muchas de las energías del movimiento estudiantil se canalizan ahora a atacar los mismos objetivos que las fuerzas más conservadoras y fascistas del país: la inteligencia nacional, fundamentalmente la universitaria. Así, en el sitio donde los estudiantes han aprendido los elementos críticos para enfrentarse a la sociedad, y quienes les han enseñado el manejo y la difusión de esos mismos elementos, son el objetivo.

Con facilidad se olvida que no es en el ambiente conservador "clase media" en donde se ha aprendido el porqué de las injusticias sociales, sino en las universidades, en donde para muchos sólo existen "drogadictos, homosexuales y comunistas", donde se han conservado las más valiosas aportaciones críticas de la historia del pensamiento y en donde se desarrollan los más fantásticos programas de investigación, que en todos los órdenes auguran nuevos y más amplios horizontes para la sociedad.

Estos feroces ataques provienen casi siempre de una "izquierda" que, incapaz de asumir sus responsabilidades nacionales frente a los verdaderos enemigos —burguesía e imperialismo—, asume la revolución sólo dentro del *campus* universitario, en donde se sabe a salvo de cualquier represión interna. La experiencia demuestra que la represión del sistema sólo alcanza a los estudiantes cuando se enfrentan directamente al poder estatal. Recuérdese que había presos políticos estudiantiles en 1968 pero no en 1966.

Muchos de los que asumen estos ataques son algunos líderes estudiantiles "eternos" de izquierda, jóvenes seguramente honestos pero incapaces de trascender una etapa vital y de iniciar acciones en otras esferas. La culpa no sólo es de ellos; parece ser éste el lógico resultado de un sistema político hasta hoy monolítico.

Ante los esfuerzos de algunos grupos por crear or-

ganizaciones políticas y con ello nuevas alternativas, muchos han respondido acusándoles de traidores y oportunistas, aún quienes estuvieron en la cárcel.

Parecen olvidar que la organización ha sido la base de todas las transformaciones sociales, que sin ella no hubieran sido posibles las grandes revoluciones de nuestro tiempo. Que militantes revolucionarios como Lenin, Mao Tse-tung, Trotsky, Ernesto Guevara, Fidel Castro y Salvador Allende han censurado acremente el espontaneísmo anarquista, llegándolo a calificar de anti-revolucionario.

Se rehúye la acción política comprometida y organizada, se quiere el cambio para hoy, pero sólo se predica la revolución armada como alternativa desde la seguridad del auditorio o del *campus* universitario. Tal parece que en realidad lo que más se teme es al cambio.

Curiosamente cuando se trata de protestar y de lograr la libertad de los compañeros víctimas de la represión, entonces se exige a intelectuales, profesores y autoridades universitarias, que intervengan como abogados. Los enemigos de ayer se vuelven aliados hoy, para volver a ser traidores mañana.

Lo mismo sucede con las organizaciones políticas tradicionales de izquierda, se les censura y se les rechaza por oportunistas, pero a los únicos actos políticos que se asiste es a los que éstas organizan, aunque sólo sea para boicotarlos.

Así nos encontramos con que la gran veta de aprendizaje y crítica que los estudiantes poseen en la Universidad, su propia casa, es desechada y menospreciada, llegándose a jugar con la posibilidad de destruirla sin advertir la gravedad de ello.

En lugar de aprovechar hasta sus últimas consecuencias la libertad de cátedra y la autonomía universitarias, para que dentro de las aulas, de los trabajos académicos se realicen las tareas de investigación, de reflexión, que permitan la creación de una teoría revolucionaria y del cambio sólido, los grupúsculos estudiantiles se enfrascan en enfrentamientos personales entre sí y con profesores y autoridades de una universidad con una libertad envidiable, producto de su particular desarrollo histórico. Sobre todo hoy que la Universidad Abierta pone a la UNAM a la vanguardia de la difusión cultural y de la educación, nacional, al acercarse a los centros de producción y de trabajo, brindando una gran oportunidad de diálogo politizador.

Pruebas de la capacidad creadora y de la confianza de la UNAM en sus miembros, las constituyen

los Colegios de Ciencias y Humanidades. En estos planteles, uno de cuyos antecedentes no explícito es la Preparatoria Popular, jóvenes estudiantes de años superiores se han convertido en profesores de sus compañeros más jóvenes de bachillerato. El resultado, hasta ahora, ha sido una escuela nueva en todos sentidos, y en donde pese a los temores de grupos conservadores, el nivel académico en lugar de descender ha aumentado, al crecer el interés de los estudiantes y la preocupación de los profesores.

También junto con ello ha crecido la politización de ambos sectores, y aunque a veces se ha desviado en sus objetivos ha servido para preparar estudiantes más conscientes.

En la UNAM se encuentra hoy lo más destacado del pensamiento crítico mexicano y, si en aras de un demagógico anhelo de democratización y de radicalización política, se pone en peligro la autonomía universitaria, se estará propiciando un retroceso revolucionario.

Los estudiantes militantes deben reconocer que ninguno de ellos llegó radical por sí mismo a la Universidad, que es en ella en donde han aprendido, de sus maestros, de los intelectuales, los elementos que les permiten criticar y juzgar a la sociedad. Que cuando muchos de ellos se hayan olvidado de sus actitudes críticas, sus profesores "conservadores" seguirán enseñando a las nuevas generaciones los elementos críticos de la teoría social. Que, luego entonces, los llamados a ejercer con responsabilidad sus derechos de universitarios y ciudadanos que en distintos momentos han hecho profesores universitarios, no están exentos de autoridad moral y política.

Tal fue el caso del maestro Javier Barros Sierra en septiembre de 1968, cuando todo el país callaba.

En la tarea de la transformación personal y del mundo, la información y la cultura son los mejores aliados. Si estamos en un centro de cultura se deben aprovechar al máximo todos sus recursos.

Si las tareas académicas, desde el primer trabajo escolar hasta la tesis pasando por las discusiones en clase, están vinculadas a las preocupaciones sociales y políticas que sobre México y el mundo tenemos, quiere decir que se están realizando tareas revolucionarias.

En nuestro contexto, por ejemplo, el conocimiento de la historia de México, sin maniqueísmos ni deformaciones, constituye un reto al sistema, pues se denuncian sus contradicciones esenciales.

Revelar cuál fue el papel histórico de los asesinos de Emiliano Zapata es revelar el porqué de la insatisfacción de los sectores campesino y obrero mexicanos.

No es en las tareas heroicas o espectaculares en las que se definen las conciencias políticas, sino en los retos cotidianos del trabajo y la responsabilidad, no sólo en las tareas políticas, sino también en las otras esferas de la vida.

Si hoy los estudiantes universitarios están dispuestos a transformar al mundo, tienen que comenzar por transformarse a sí mismos. No es la diatriba y la negación de todo y de todos el camino de esa transformación. Muchos de sus antecesores generacionales se han conformado con el escepticismo y la crítica de "sobremesa" a nuestras instituciones políticas, sin haber asumido nunca una actitud militante.

